

中国自对外开放以来的 外交政策主线

Main Lines of Chinese Foreign Policy from the Opening to the Present

rafa.1898@hotmail.com

Rafael Martín*

Fudan University
School of Foreign Languages and Literature
Shanghai, China 200433

中国国际关系史本身就包含了不容忽视的行动方针。这些方针在特殊形势下产生，是自1949年中华人民共和国正式成立以来逐渐形成的，同时也正值冷战期间，这些方针便承载着浓厚的个性与思想。中国历史与文化也因此形成了其独有的结构，这样一来其周围所发生的事件也可以得到合理解释。毛泽东精神及其思想、邓小平理论，加之从冷战至今中国所经历的挫折，这一切造就了这样一个从不同形势中产生的国家。然而，这一切与中国外交方针的明确性、灵活性并不相悖，这是中国独有的个性与特质。了解一个国家的国际关系就是要了解这个民族的灵魂。而民族灵魂的展现往往可以从他与外界

The history of the international relations of the People's Republic of China contains lines of action that should not go unnoticed. These lines are the consequence of the extraordinary circumstances that have surrounded the country since its proclamation in 1949, then within the framework of the Cold War, but with a huge burden of personality and ideology. Chinese history and culture, thus, have shaped their own context from which the events that took place around them were understood. The energetic personality of Mao and his ideology, the pragmatism of Deng Xiaoping, and the vicissitudes experienced by the world from the Cold War to the present, have created a cosmos of diverse circumstances that nevertheless do not detract

* Rafael Martín Rodríguez (PhD, University of Alcalá) is an Associate Professor at Fudan University. He has participated in congresses and seminars on international relations in several universities around the world, and worked as a professor at the universities of Alcalá, Nebrija, Shanghai International Studies University, and as a postgraduate supervisor at Granada University. Currently his research is focused on the international relations of China.

的交往当中完美体现。这些年以来中国一直在全球化进程中继续前进，而不忘初心。

[关键词] 中国；国际关系；外交；对外开放；行动方针；思想；文化；个性

from the fact that Chinese diplomacy has well-marked lines of action, flexible, but immutable in time, and which are typical of their personality and idiosyncrasy. To understand the international relations of a country is to understand the soul of its citizens, because this is often reflected in the others. China has lived these years its inclusion in the new global world without forgetting the patterns that were already recognizable in distant times.

Key words: China; international relations; diplomacy; openness; lines of action; ideology; culture; personality.

1. Introducción

Dentro del campo de la política internacional, es fundamental conocer la psicología de sus protagonistas y las causas internas de su política. Al mismo tiempo, se hace necesario conocer el referente cultural que concierne a estos y les da un contexto mental en el que apoyarse.

Estas premisas, internacionales y atemporales, cobran una especial importancia cuando se habla de la República Popular China. No en vano, su personalidad estará marcada fuertemente por el carácter de su fundador, Mao Zedong, hasta la muerte de este, y posteriormente de Deng Xiaoping. Los gobiernos posteriores han seguido, en lo general, unas líneas de actuación marcadas tiempos atrás, pero modificadas según el propio temperamento y las vicisitudes internacionales del momento. Sobre los devenires internos del país y las relaciones internacionales del mismo, es algo totalmente demostrado su relación en cualquier país a análisis, pero en el caso de China, dadas las políticas maoístas de los años 50 y 60 y la posterior política de modernización económica, se hace aún más evidente, puesto que la enjundia de las actuaciones internas han superado con creces las de otros países, por lo que se hecho necesario una política externa acorde con dicha realidad. Por último, la milenaria historia china y el nivel de inculcación de algunos de sus referentes centrales en la educación de los futuros dirigentes y en la población en general, no pueden ser un elemento baladí que nos pase desapercibidos.

A lo largo de este artículo, vamos a tratar de establecer unas líneas de acción generales que han impulsado las políticas exteriores chinas,

desde los inicios del aperturismo, ya en los años finales de Mao, hasta la actualidad, relacionando en ocasiones, decisiones y actos con estrategias, en algunos casos milenarias, provenientes de la cultura y la filosofía china.

Iniciaremos nuestro escrito realizando un balance general de las líneas de acción de la política internacional maoísta, como necesaria base para entender una evolución que tiene su punto de partida en dicho periodo.

2. Generalidades de la política exterior maoísta. Una política para una ideología

La República Popular China, inaugurada por Mao Zedong en 1949, se encuentra desde su nacimiento dentro de la Guerra Fría. Hay varios elementos que van a marcar el devenir de su política externa, estos, en nuestra opinión, son:

(1) La personalidad del principal líder del país y la aplicación del maoísmo.

(2) El contexto internacional de la Guerra fría y la relación con la URSS y EE.UU.

(3) La idea de la revolución permanente impuesta por el gran timonel.

(4) Un internacionalismo revolucionario en pos de la cohesión nacional.

(5) La tensión internacional, como forma de protagonismo en el mundo.

Analicemos a continuación, y de manera sucinta, cada uno de estos elementos. La personalidad de Mao no es fácil de definir, y no han sido pocos los autores que se han animado a intentar descifrarla. En palabras de Philip Short (2011: 16):

Aún para sus camaradas más incondicionales... difícilmente penetrable... Combinaba un temperamento agresivo con una paciencia infinita; el discernimiento con una fijación casi pedante por los detalles; una voluntad inflexible con la extrema sutileza; el carisma público con las intrigas privadas.

Pero esta personalidad se conjuga con una mentalidad campesina, de la que Mao siempre se mostró orgulloso, y que sobresalía en cada crisis de autoridad. Podemos decir que este estratega, de difícil definición, que tenía sus orígenes en el campo hunanés, en muchas ocasiones de su vida y también en política exterior, se transformará de nuevo en este campesino

ilustrado dispuesto a resistir y avanzar en una interminable guerra de guerrillas.

Mao nunca dejó de ser un campesino, con toda su carga de amor a la tierra, que vivía una relación de amor odio con el mundo urbano en el que, sin embargo, debía moverse y gobernar¹. Pero, sin duda, la característica más evidente de su personalidad será su alto concepto de sí mismo, de hecho, Mao será considerado uno de los grandes pensadores del marxismo, al mismo tiempo que mostraba un nacionalismo de nuevo cuño que introdujo en China desde las bases hasta las altas capas de la sociedad, pero que algo debía del nacionalismo del derrotado Kuomintang, pues no en vano, el partido comunista había crecido durante años dentro de su esquema².

Su personalidad será, por lo tanto, un elemento muy importante a tener en cuenta para entender la relación chino soviética durante el periodo llamado de *inclinación* única, esto es, la unión con la URSS de Stalin, siempre de cara a conseguir ayudas para el crecimiento industrial deseado, pero marcando una distancia de respeto y al mismo tiempo de precaución, teñida de orgullo patriótico. La ruptura posterior, que trataremos más adelante, cuenta entre sus causas la personalidad de un líder que se veía intelectualmente superior a los de la URSS una vez desaparecido Stalin, y a los que intentaba aconsejar sobre el verdadero camino socialista a seguir. La guerra de Corea, el apoyo a la lucha de Vietnam hasta el fin de la amistad entre ambos partidos, las repetidas intervenciones en apoyo a causas comunistas en el mundo, la búsqueda del liderazgo del tercer mundo y su insistencia, mediante la provocación o la indiferencia calculada, de formar parte del protagonismo de la Guerra Fría, hablan de un líder que no podía conformarse con que China fuera un escenario secundario de la Guerra Fría, y nos recuerda la vieja concepción universal del imperio chino, donde

¹ Jonathan Spence (1999), en su biografía sobre Mao, recalca de manera especial este talante mezcla de campesino e intelectual. Una particular fiebre de conocimientos unida a una inquebrantable persistencia para cumplir sus objetivos. Como también comenta el autor, Mao, siendo joven, encontró trabajo como ayudante de biblioteca en la prestigiosa Universidad de Pekín, pero no pudo entablar conversaciones académicas con quienes veían en él a un simple ayudante de biblioteca venido de la agreste Hunan. En su tierra (este planteamiento es nuestro), Mao era un líder, pero en la gran capital se encontraba con frecuencia ignorado. Fue desde el campo desde donde dominó su rebelión y su política, y cuando desde el poder se sintió acorralado, buscó de nuevo el coraje en el mismo campo que le sustentaba y le daba fuerzas.

² En los inicios de su gobierno dijo en una ocasión: los chinos hemos sido siempre una gran nación valiente y laboriosa, y solo en los tiempos modernos nos hemos quedado atrás. Este atraso se debió exclusivamente a la opresión y explotación del imperialismo extranjero y de los gobiernos reaccionarios del país. De esta manera Mao unía el concepto de reaccionario al de traidor a la patria (Cornejo, 2013: 165).

el centro del mundo conocido estaría formado por China y los restantes entes pertenecerían a un ente calificado como mundo de los bárbaros. Sin embargo, el aislamiento no era posible ni aconsejable en la segunda mitad del siglo XX, y con una mentalidad similar, Mao, conocedor de su fuerza de persuasión de millones de almas, se lanzó a la empresa de que el centro del mundo conocido, aunque esta vez fuera todo el globo terráqueo, estuviera en China. Su gran éxito internacional, será pues, el conseguir una posición importante para el país en la escena global a pesar de las diferencias de desarrollo. Sin embargo, algo importante hay que constatar, esto es, que Mao nunca pretendió dominar, sino ser tratado como igual por americanos y soviéticos. Lo que une a Mao con la mentalidad de la antigua China imperial no sería tanto el concepto de civilización contra barbarie, por mucho que nos lo recuerde, sino un sentimiento de predominio cultural y un alarde de indiferencia hacia el entorno más lejano. Extrapolando esta sensación de la antigua China a un mundo dividido en dos bloques y cada vez más global, Mao quiso, en primer lugar, la soberanía y el respeto a su propio territorio, y posteriormente, la exportación de su propia idiosincrasia, solo que ésta no sería para él tanto cultural como socialista.

Sobre el contexto internacional, cuando Mao Zedong inaugura la nueva República Popular China en 1949, la ruptura entre EE.UU. y la URSS ya es definitiva. Dentro de ese organigrama es en el que debe moverse la nueva política china. La participación china en la Guerra de Corea (1950-1953) provocó un distanciamiento total entre China y EE.UU., pero dado que las promesas de ayuda de Stalin nunca llegaron a realizarse, dejando a China con la responsabilidad y el desgaste³, dio inicio también un bucle de desconfianzas de China hacia la URSS, que no llegaría a ruptura en ese momento dadas las necesidades chinas de materiales y de técnicos soviéticos.

Con el inicio de la ruptura, tras la muerte de Stalin, que iniciaron con las críticas de Mao al ataque a la figura de éste por parte de la nueva cúpula rusa y que terminarían durante el periodo llamado del Gran Salto Adelante (1958-1961), se da inicio a un periodo de enfrentamiento verbal. Además de algunos conflictos en la frontera china con Rusia⁴, se abre un periodo en

³ Enrique Enrui Yang (2005: 25-26), considera la decisión del ataque puramente una decisión de Corea del Norte y de Rusia, arrastrando, sobre todo por parte de Rusia, a China al enfrentamiento, para después evitar a toda costa su propio enfrentamiento con las tropas americanas.

⁴ Nos referimos a los territorios del valle de los ríos Amur y Assuri y las regiones al norte de los ríos Lli, Khokand y Amur, que tuvieron que ser cedidos por la última dinastía china a la Rusia de los Zares, y sobre las que ya el Kuomintang de Sun Yat-sen había exigido su retorno. Mao no dudó desde el principio

el que China podía haber jugado la carta americana, deslizándose entre la URSS y EE.UU. como hiciera Tito en Yugoslavia, pero Mao estaba dispuesto a buscar una tercera vía que le permitiera liderar una idea internacional, descontentando a soviéticos y americanos por igual. La figura de China durante la Guerra Fría no puede ser entendida, por lo tanto, como una de las partes de los dos bloques, sino como un tercer elemento, que a través de su acciones, preocupó a americanos hasta el punto de llegarse a hablar de Tercera Guerra Mundial entre China y EE.UU., y desligándose de la pasividad rusa, que con sus avances militares durante la Segunda Guerra Mundial, había aceptado su área de poder y en líneas generales prefería no poner en riesgo su espacio de influencia. China, durante este periodo, persiguió, tanto en los conflictos como en su unión al tercer mundo, obtener su propia porción de influencia mundial, lo que rompía el esquema de juego marcado por americanos y soviéticos.

Sobre la idea la Revolución Permanente, tan presente en el maoísmo, y que dictaba que toda revolución aburguesar a los propios que la habían propiciado si no se estimulaba continuamente, tuvo también su repercusión internacional, por ejemplo, en la ruptura con la URSS, pues el elemento esgrimido fue ese supuesto aburguesamiento de la cúpula soviética.

Al mismo tiempo, se unía acción exterior con revolución interna, animando al pueblo tanto a continuos desfiles y demostraciones de apoyo a la revolución expresada en una acción exterior, como siguiendo las normas mandadas desde Pekín en momentos como el Gran Salto Adelante. De hecho, el ingente movimiento de ciudadanos en pos de conseguir el material necesario para la industrialización y la bomba atómica en ese momento (El Gran Salto Adelante), se hizo conectar con el conflicto con Taiwán (1958) o el apoyo en la primera guerra de Indochina (1946-1954), haciendo así un todo, nacional e internacional, en una causa común. Para Mao, al final de cada proceso, nacional o internacional, la percepción de que se hubiera evitado el tan temido aburguesamiento merecía todos los esfuerzos. El capítulo de la Revolución Cultural (1966-1976)⁵, entendido este dentro del

en hablar de estos territorios, si bien, al inicio, la amistad chino soviética hizo que este no fuera un argumento urgente. Lo fue siendo, sin embargo, según iba avanzando la ruptura entre ambos países, hasta llegar al enfrentamiento bélico y al posicionamiento de tropas en cada lado de la frontera ya en los albores de Mao.

⁵ Los últimos años de la Revolución Cultural serían mucho menos intensos, por lo que algunos autores prefieren establecer su fecha final hacia 1971. Será en la segunda mitad de este periodo cuando China inicie su apertura internacional.

mismo esquema, aisló a china del resto del mundo e hizo sentir esta vez la amenaza soviética más cerca que nunca, lo que a la postre acabaría significando el acercamiento a la América de Nixon.

El internacionalismo revolucionario de Mao, al principio, confundió a las cancillerías occidentales. Como indica Kissinger, no entendieron el profundo nacionalismo que existía en las intervenciones de China en los conflictos en los que se aventuraba (Kissinger, 2008: 462). En este caso, es también la figura del Zhou Enlai, el eterno segundo a bordo de la nave y piloto de la política exterior, quien diseñó un intervencionismo revolucionario que agradaba a Mao, pero que sería práctico para el necesario mantenimiento de unas fronteras que contaran con espacios amigos en caso de una ofensiva de países capitalista. Así lo aprobó el propio Mao, cuando al término de la Primera Guerra de Indochina, en la conferencia de Ginebra de 1954, consiguió que los comunistas vietnamitas consintieran en mantenerse en el norte mientras el sur caía en las manos de la influencia americana. Esto, como llegó a decir Zhou, sería más práctico que un entero país comunista debajo de China, pues el norte podría siempre servir de colchón para su defensa (Ball, 1998: 124-125). En palabras de Chen Jian: *la provisión de apoyo a los comunistas vietnamitas se convirtió en una parte inseparable de la procura de los intereses de seguridad vitales de la República Popular China* (Chen, 2005: 200-201). El nacionalismo, por lo tanto, sería el elemento práctico en contraste con el meramente ideológico. Pero el factor más importante sería que los bombardeos a la isla de Quemoy, que mencionaremos más adelante, el enfrentamiento dialéctico contra la URSS o los EE.UU., la Guerra de Corea o la de Indochina, o su apoyo a causas diversas en África, servía al mismo tiempo como acicate de una nueva unión nacional, de una exaltación del ciudadano chino unido a una causa común, donde la ideología inclusive tendía a ceder el paso ante una fuerza sentimental y no tan necesitada de esfuerzo intelectual como es el nacionalismo y la unión ante enemigos de la patria. Se trataba, por lo tanto, de usar el exterior para exacerbar el sentimiento ciudadano, en pos de crear un nuevo acerbo nacional que emergiera directamente del campo, del campesino, y tomara su fuerza idealizada directamente de éste hacia la ciudad.

El sentimiento revolucionario internacional y el nacionalista sería una contradicción que sería resuelta mediante la idea de un comunismo puramente chino, que representara sus características e idiosincrasia.

Nadie puede atacar sin sentir ansiedad si el enemigo te está pidiendo ese ataque, seguro de que saldrá vencedor y el atacante derrotado. Esa fue la sensación recreada por Mao al usar el mito de la fortaleza vacía⁶. Se trata de un recurso utilizado por el Gran Timonel en aquellos años, en los que la tensión se podía medir por el tenor de las declaraciones, en donde un siempre desafiante Mao anunciaba que no temía un ataque nuclear contra China, pues la nación siempre saldría victoriosa. Mao se presenta como un provocador de la escena internacional, como queriendo que su revolución permanente tuviera ejemplificación en el exterior. Lo cierto es que consiguió que China no pasara desapercibida, algo que hubiera sucedido si su diplomacia y sus acciones hubieran sido tenues e insignificantes.

Un elemento que se repite de manera constante en la diplomacia maoísta es el salto hacia un escalón más de provocación justo cuando la situación menos podría aconsejarlo. Un ejemplo de esto fue su decidido apoyo a la Segunda Guerra de Indochina en momentos en que la razón apuntaba hacia un alto el fuego, o en el bombardeo de la isla de Quemoy, gobernada por Taiwán, momento en el que EE.UU. pudo llegar a pensar en un ataque directo a China, dado que los proyectiles chinos llegaron a caer muy cerca de las naves americanas, para una batalla que no se pensaba ni se deseaba ganar. No en vano, la utilización de Taiwán como elemento disuasorio era excelente, además de que permitía a China sentarse a la mesa de negociaciones donde siempre era posible conseguir beneficios. No era, por lo tanto, relevante ni incluso deseable, una vez descubierta su utilidad, una rápida conquista de la isla. Mientras tanto se mantenía un misterio de fortaleza vacía, basado en su supuesta indiferencia hacia un ataque americano. Dicha indiferencia solo se verá concluida cuando la posibilidad de una guerra contra Rusia sea más real y el propio gobierno no tenga clara la fidelidad del pueblo ante un posible ataque tras sufrir los excesos de la Revolución Cultural.

3. El segundo momento de Zhou En Lai

Zhou En lai había conseguido sobrevivir a la Revolución Cultural sin perder su puesto en el gobierno, sin auspicarla, pero sin caer por efecto

⁶ La fortaleza vacía es un episodio del Romance de los tres reinos, de Luo Guan Zhong, en el que el Zhu Ge Liang consigue burlar el ataque de los enemigos a su ciudad, que hubiera implicado una derrota segura, mandando abrir las puertas de la fortaleza y tocando junto a esta, de manera despreocupada, un instrumento musical. El ejército invasor pensó así que se cernía una trampa sobre ellos y prefirieron no atacar el recinto.

de esta. Cuando las tropas soviéticas más amenazaban la frontera norte de China y justo en el momento en el que desde EE.UU. se propugnaba la teoría del futuro multicentrismo, que daba a China una preponderancia mundial relativa, pero digna, Mao y Zhou empezaron a mirar hacia occidente. Nixon y Kissinger, por su parte, consideraron que un acercamiento a China, expuesto ya aún antes de las primeas conversaciones en Pekín, supondría un misil en la línea de flotación internacional de la URSS, que podría así ver menguadas sus opciones en Asia. El primer momento de gloria de Zhou había llegado cuando tras la primera guerra de Indochina, China pudo hacerse oír en los foros de Ginebra y Bandung de mediados de la década de los cincuenta, aún sin formar parte de la ONU. En el segundo de estos foros, Zhou había sido la evidente estrella con su teoría de buscar puntos en común y de actuación conjunta (de los países del tercer mundo) contra el imperialismo americano y soviético.

Posteriormente, el definitivo alejamiento de la URSS, la desconfianza con EE.UU. y los efectos de la Revolución Cultural, que apartó a China de algunos de sus tradicionales socios, hizo que el país volviera a una suerte de aislamiento internacional, algo temido por sus gobernantes desde la época imperial hasta la de Mao. Sin embargo, su presencia, aunque fuera discordante con los grandes poderes de la Guerra Fría, había sido efectiva en cuanto a que China y sus reclamaciones no habían pasado desapercibidas. Mao había logrado, así pues, que el país fuera efectivamente uno de los centros mundiales de atención durante esos años. De esta suerte, Zhou no tuvo más que agarrar el cable lanzado por la administración Nixon, sin perjuicio de la imagen propia y concibiendo el acto como un paso necesario para la re inserción de China en el mundo.

A partir de ese momento, se abre un proceso en el que cada vez más países van a mostrar su interés por reabrir negociaciones con China, aunque ya lo había hecho con anterioridad la Francia de Charles de Gaulle (1964). El simple anuncio de las posibles negociaciones que EE.UU. podría tener, hizo que cada vez más periódicos de todo el mundo animaran a sus gobiernos a realizar un acercamiento, casi siempre desde la óptica de las oportunidades de negocio que se podrían abrir para sus empresas nacionales. No pasó desapercibido, en los foros internacionales, que la intención de Nixon era así doble, esto es, aislar a la URSS en Asia y concluir el sangrante conflicto de Vietnam, en el que China había sido parte activa como colaboradora en cuanto a material e instrucciones, pero que cada vez estaba más lejos de la antigua colaboración militar. Mao había tenido especial cuidado en que

su apoyo al partido comunista vietnamita no provocara un enfrentamiento directo con EE.UU., mientras los rencores entre los dos partidos comunistas se hacían cada vez más intensos. Al mismo tiempo, la tensión bélica sobre Taiwán se había calmado, por lo que parecía llegado el momento de un acercamiento.

Sin embargo, ni Mao ni Zhou estaban dispuestos a dar este paso si no se respetaban por parte de estos nuevos socios algunas premisas importantes, la mayor de ellas, su reivindicación de Taiwán, que se convirtió en piedra de choque necesaria de cualquier acuerdo. En este sentido, la inclusión de la República Popular China en la ONU y la exclusión de Taiwán, fue fundamental y un éxito para la diplomacia china, al mismo tiempo que se empezaba a diseñar la relación con Taiwán desde un punto de vista más cercano y tratando de seducir a su población mediante mensajes de paz. La futura estrategia con respecto a Taiwán, consistente en el hermanamiento y la seducción económica, empezaba a tomar forma⁷.

Durante los últimos años de Mao asistimos, por lo tanto, a una acumulación de reconocimientos en cadena entre los que se encuentra el de España en 1973. Las vicisitudes que tuvo que pasar el gobierno español por aquel entonces para la aceptación del documento que retiraba la representación diplomática de Taiwán, dados los antiguos lazos de amistad entre la isla y el franquismo⁸, habla muy a las claras del motivo por el que, a pesar de haber dado el pistoletazo de salida, no se produjera el reconocimiento con el país americano hasta 1979.

Haciendo un resumen sobre el periodo, recordemos que las líneas de acción provenientes del maoísmo habían sido:

- (1) La personalidad del principal líder del país y la aplicación del maoísmo.
- (2) El contexto internacional de la Guerra fría y la relación con la URSS y EE.UU.
- (3) La idea de la revolución permanente impuesta por Mao.

⁷ Como veremos más adelante, la nueva relación con Taiwán fue pasando por varios estadios, pero en líneas generales se ha respetado la tendencia a la creación de redes económicas y de beneficio mutuo que tienen la intención no escondida de asumir el gobierno de la isla por la vía pacífica.

⁸ La España de Franco, acorralada diplomáticamente tras la Segunda Guerra Mundial, y que basó sus posibilidades internacionales de supervivencia en el concepto del anti comunismo militante, encontró en la República China de Jiang Kai-shek a un firme aliado propagandístico. Así, la participación de la China Comunista en la Guerra de Corea hizo no solo que EE.UU. incluyera a Taiwán bajo su paraguas de protección, sino que se decidiera, también, a acelerar el reconocimiento oficial de la España franquista.

(4) Un internacionalismo revolucionario en pos de la cohesión nacional.

(5) La tensión internacional, como forma de protagonismo en el mundo.

Y a estas habría que añadir en la época final de Mao las siguientes:

La urgencia de una diplomacia abierta a todos en pos de un beneficio a medio y largo plazo, fuera de las mediaciones ideológicas.

La búsqueda de un equilibrio global bajo la premisa de la no aceptación de imposiciones externas sobre asuntos considerados propios de cada país, fórmula bajo la cual, rechazaba la injerencia externa en su política y renunciaba a gestar el mismo juego con otros países.

La continua seducción a los interlocutores internacionales con las posibilidades que podrían ofrecer para sus empresas nacionales la llegada a un país demográficamente joven, en vías de rápido crecimiento y, por ende, súper poblado.

Mao unió China al mundo en su concepción geográfica, haciendo que, por primera vez en su historia, su espectro internacional llegara a todas las partes del planeta.

De las antiguas premisas del maoísmo, solo podemos constatar algunas de ellas, pero transformadas, dado el cambio surgido a finales de los años 70. Así, la simbología del líder tiene su lógica continuación en la figura de Deng Xiaoping, mientras que el maoísmo se ha visto relegado a un segundo plano que deja a Mao como emblema de la nación y de la lucha de esta, como las esculturas del gran líder en las universidades chinas, simbólico en su concepto de fuerza nacional y de unión, pero vacío de un significado para el que sería difícil encontrar cabida tras la apertura internacional. La imagen de Mao, de esta manera, cobra una especial fuerza como líder nacional, mientras que a sus planteamientos teóricos se van añadiendo los de los nuevos líderes según el momento concreto en el que se encuentre el país. Mao, así, se sitúa como el forjador de un país nuevo, ubicado en la cabecera del mundo, y por primera vez en mucho tiempo, con amplia consciencia de sí mismo.

Al irse terminando la Guerra Fría con el desmembramiento de la URSS, poco a poco China fue tomando conciencia de que podía ocupar esa parte que ahora se vaciaba en el espectro internacional. Las relaciones con Rusia se tornaron, si bien importantes, también secundarias, primando a partir de ese momento las habidas con los EE.UU. Como es lógico, la idea de la revolución permanente desapareció, al no ir ya acorde con los nuevos tiempos, más el nuevo gobierno empezó su gran cambio desde el campo,

y no desde la ciudad, asegurándose siempre la adhesión de este sector. El internacionalismo revolucionario quedó desterrado ya a finales del tiempo de Mao, y la conciencia nacional china se siguió gestando, pero esta vez, sin necesidad de recurrir a la necesidad de la guerra preconizada por Mao, sino haciéndola continua. De esta forma, cada nuevo socio, cada nuevo tratado o cada nuevo conflicto diplomático, sería tratado en adelante de forma similar al maoísmo en cuanto a estímulos para la unidad nacional, utilizando los actos externos como referentes, bien de victoria del pueblo chino, bien de ataque a este. Por último, la tensión internacional como forma de establecerse en el mundo ya no sería necesaria, pues la nueva fórmula vendrá del importante crecimiento económico que empezará a desarrollarse entonces⁹.

Vemos, pues, que la herencia de Mao fue recogida por la nueva administración, pero modificada, en parte gracias a las tres nuevas líneas de acción que comentábamos antes: la diplomacia no ideológica, la búsqueda del equilibrio global, y la llamada a participar de un futuro y amplio comercio de millones de habitantes, a cambio, eso sí, de respetar los postulados básicos de la no injerencia; auténtica línea roja sobre la que la administración china nunca permitió que se pasara. Las siguientes líneas de Kissinger pueden echar luz sobre los motivos de tal celo: En China, país que a lo largo de su historia ha sido preminente en su región —en realidad, en todo el mundo que conocía—, cualquier intento de prescribirle sus intenciones y sus prácticas internas causaría profundo resentimiento. Esta sensibilidad general se intensifica por la forma en que los chinos ven la intervención de occidente en su historia. Desde que las guerras del opio de comienzos del siglo XIX, abrieron el país, por la fuerza, los chinos ven al occidente como culpable de una interminable serie de humillaciones. La igualdad de categoría y una orgullosa insistencia en no inclinarse ante prescripciones extranjeras no son para los dirigentes chinos una táctica, sino un imperativo moral (Kissinger, 2008: 829).

Todas estas líneas, las anteriores y modificadas y las nuevas, serán las que presidan china en los últimos años de vejez de Mao y de Zhou Enlai, y serán las recogidas por Deng Xiaoping en el nuevo proceso.

⁹ El leninismo, el partido, y el maoísmo, tendrían un fin que no tenía ya porque ser la igualdad de clases, sino el aupamiento de la nación china. En palabras de Enrique Fanjul: un confucionismo-leninismo y pragmatismo con un objetivo patriótico (Fanjul, 1994: 33).

4. La diplomacia de Deng Xiao Ping. Gato negro, gato blanco, lo importante es que cace ratones

Se puede decir que, durante el periodo de la Revolución Cultural, el país se asomó al abismo. Esta experiencia hizo que en la mente de aquellos que después debieron pilotar la nave la sensación de la seguridad fuera esencial. Hua Guofeng tomó el testigo tras la muerte de Mao y Zhou en 1976 y su labor fue mínima en materia exterior, al tener que enfocar los esfuerzos en la reclusión de la banda de los cuatro, integrada por la ex mujer de Mao y otros tres colaboradores, y que fueron encontrados responsables de los excesos de la Revolución Cultural. También hizo llamar a Deng Xiaoping, que había sido purgado con anterioridad y mandado a trabajar a una fábrica como proceso de rehabilitación. Poco a poco, la imagen de Deng iría copando el poder hasta hacerse totalmente con él. Oficialmente en 1979, pero ya en 1978 las delegaciones extranjeras podían constatar que el peso fuerte del estado recaía sobre sus espaldas¹⁰.

Deng había sido uno de los protagonistas del apartamiento de Mao del poder tras el fracaso del Gran Salto Adelante, motivo por el que había sido purgado durante la Revolución Cultural, y había militado dentro del grupo de los llamados pragmáticos. De fuerte carisma y con gran prestigio dentro de la sociedad y el ejército, fue hasta la mitad de la década de los noventa el auténtico gestor de la política nacional e internacional de China.

Deng Xiaoping recogió las líneas de acción al final del último apartado anteriormente descritas e infundió unas nuevas según avanzaba su gobierno. Una característica de su personalidad fue escapar de la idealización del liderazgo, en pos de no repetir los excesos de los años 50 y 60. A pesar de su innegable personalismo en todas las decisiones, Deng prefirió el segundo plano vigilante desde el que podía marcar más fácilmente las pautas. Sin embargo, será en los grandes temas de la política exterior en los que la figura de Deng se hará más significativa, por ejemplo, durante la visita a EE.UU. en 1979, con motivo del reconocimiento mutuo; una auténtica señal, tanto por parte americana como China, a la URSS, o en las negociaciones con Inglaterra sobre la colonia británica de Hong Kong y su fórmula

¹⁰ En un interesante libro lleno de anécdotas, Demetrio Gutiérrez Alarcón describe la China de 1978 aprovechando que fue uno de los integrantes del viaje que realizaron los Reyes de España al país durante ese año. Para el autor del libro, tanto en las formas protocolarias como en la práctica de las conversaciones, resultaba evidente para todos que el hombre fuerte del país ya era Deng, algo que tampoco pasó desapercibido para los periódicos españoles que siguieron el evento (Gutiérrez Alarcón, 1978).

de un país dos sistemas. Una señal de que para Deng las relaciones internacionales revestían una importancia muy significativa es que acompañó a los Reyes de España en 1978 durante buena parte de su estancia, sabiendo que representaban a un país que en absoluto era una potencia mundial.

Con Deng, el pragmatismo más radical se apodera de las relaciones exteriores, siendo flexible con algunos temas, pero sin ceder en lo fundamental, caso por ejemplo de la eliminación temporal del discurso sobre Taiwán en pos de otros entendimientos. Al mismo tiempo, la técnica de la fortaleza vacía no ha desaparecido, pues su gobierno en ningún momento dio muestras de ansiedad, pero situándose lejos ya del argumento belicista de la época de Mao. Una muestra de que la diplomacia práctica y no ideológica tiene su origen en Zhou, siendo Deng quien la refuerce, será el caso de Chile, donde, proyectando las necesidades futuras de China en materia de cobre y otros materiales, en la última época de Mao se aceptará y se realizarán tratados con el régimen de Pinochet, de corte fascista, provocando con ello la perplejidad en el internacionalismo comunista de muchos partidos. Al mismo tiempo, se dará muestras de indiferencia hacia las reivindicaciones sociales de la izquierda en países considerados como socios¹¹. La exportación de la revolución había quedado definitivamente atrás.

Un paréntesis en esta política será el ataque a Vietnam de 1979 en respuesta al apoyo ruso a este país y por el ataque vietnamita a la Cam-puchea democrática de Pol Pot; pero este episodio pareciera más una concesión del llamado pequeño timonel a los poderes más a la izquierda del gobierno, sobre todo en el ejército, mientras que, de esta forma, dejaba clara la no permisividad de un aumento de la influencia soviética en la zona. La nueva diplomacia de Deng podía ser flexible, pero marcaba así, con contundencia, las líneas rojas sobre las que no se debería pasar. De esta misma manera, se mantuvo la tensión en la frontera con Rusia, hasta que la llegada de la Perestroika y el desploma de la Unión Soviética eliminaran el peligro. Este paso tardó tiempo en darse, aun cuando Rusia ya estaba lejos de planear ningún ataque contra China, pero el gobierno consideró la función intimidatoria de Rusia como un elemento de cohesión nacional, de la misma forma que lo había sido ya en época de Mao.

¹¹ Jesús Centenera (2013), poniendo el ejemplo de España, nos da muestras de que la juventud maoísta universitaria en los últimos años de Franco era homogénea, pero a lo largo de su libro, en las referencias a la diplomacia china, no se percibe apenas ningún movimiento diplomático dirigido desde Pekín hacia estos grupos que hubieran podido enturbiar las negociaciones.

Deng prosiguió también con su acercamiento al tercer mundo. En la idea siempre fija de liderarlo o al menos de ser su miembro más destacado. Si bien es cierto que su presencia en foros internacionales de países pobres o en vías lentas de desarrollo, se hará cada vez más difícil de mantener, a medida que la modernización económica de China progrese, colocando rápidamente al país entre los más ricos del planeta¹². La vuelta a la normalidad diplomática con Vietnam, tras el ataque, representa mejor que ninguna otra la nueva característica de la diplomacia china.

El discurso oficial, repetido durante la mayor parte del poder central de Deng, estaría marcado por la lucha anti hegemónica de los dos bloques (concepto heredado del periodo anterior) y el respeto a las normas y realidades de cada país. Este discurso era evidentemente del agrado de las autoridades chinas de la época, hasta tal punto que el mismo Rey de España recurrirá a este durante su visita de 1978, algo que sería criticado por algunos periódicos españoles, considerándolo como tercermundista. Lo cierto es que China no era el único país que utilizaba este argumento; en el caso de España, el entonces presidente, Adolfo Suárez, también recurría con frecuencia al mismo, mostrando así sus dudas sobre la entrada o no de España en la OTAN. Deng, por lo tanto, se ubicaba con esta fórmula dentro de una parte de la política internacional tendente a buscar sus propias líneas de acción, esquema que se quebraría tras la desaparición de la Unión Soviética.

Sobre las pautas de acción de Deng en política exterior, varios autores han sintetizado estas en algunas proclamas, de las cuales escogemos:

(1) No temer ni ofender. No encabezar ninguna corriente intelectual para desarrollar sin pausa la economía.

(2) Considerar el principal enemigo al subdesarrollo económico.

(3) Esconder las capacidades y esperar el momento.

(4) Aplicar la máxima de que la defensa es para los tiempos de escasez, mientras el ataque lo es para los tiempos de abundancia.

Sobre el primero, como ya hemos dicho antes, se buscó la indiferencia hacia revoluciones o movimientos sociales internacionales, mientras se mantenía un perfil diplomático bajo tendente a esconder las posibilidades.

¹² En un análisis muy concienzudo hecho en 1987 sobre la posición exterior de China, realizado por Marisela Connelly (1987: 82-103), se incluye a China dentro del grupo de países del tercer mundo dada su escasa renta per cápita en aquel momento, pero llama la atención sobre la cada vez más inestable situación de China dentro del grupo debido a su poderío, citando por ejemplo la llamada de atención del presidente de Egipto en una fecha como la de 1979 sobre este hecho. Para la autora, el clima internacional será fundamental para el desarrollo interno de China.

En este sentido, cuando Ronald Reagan llega a la casa blanca y endurece el trato con China, en contraste, la respuesta china será calmada y distendida, esperando a que el temporal cesara por la inercia del tiempo y las circunstancias.

Por regla general, se aplicará la norma de que cada país sabe lo que debe hacer para evitar criticar sistemas políticos extranjeros, y en los casos en los que se denostaba a estos por algún conflicto verbal, no se hará criticándolos desde la óptica ideológica, o sea, anti socialista, sino por el mensaje anti chino lanzado por el oponente, por lo que se cargaba de sentimiento nacionalista el enfrentamiento y se llenaba de nacionalismo el hueco que antaño fue de ideología política.

Serán los años en los que China se lanzará a recabar inversiones extranjeras, al mismo tiempo que multiplicará sus contactos comerciales con el mundo. Miles de estudiantes chinos saldrán también fuera del país con la misión de volver después a utilizar los conocimientos aprendidos¹³. Sin duda, esa apertura era necesaria, dado que la Revolución Cultural, y el cese de la educación que llevó consigo durante casi una década, había dejado a una entera generación sin la formación suficiente para desarrollar el país¹⁴. Pero no será una apertura total la diseñada por Deng, como el mismo decía: al abrir la ventana, junto al aire fresco entran las moscas (Bregolat, 2008: 45). Así pues, será un periodo de aperturas calculadas, tanto en lo económico como en lo internacional, muy al contrario del proceso sin control que se llevó a cabo en la URSS, y que terminaría provocando su desintegración.

La teoría de fuerzas multipolares solo podía ser entendible en esos momentos para China o para EE.UU. desde la óptica de la transitoriedad; tanto el uno como el otro habían sido siempre una fuerza predominante en sus respectivos territorios, por lo que dicha teoría era aceptable mientras se necesitara una paz mundial duradera para recuperarse. Ese era el caso de EE.UU., deseoso de salir del atolladero en el que se había convertido Vietnam y de terminar con la creciente influencia soviética en Asia, y el de China, necesitada de apoyos exteriores con los que modernizarse y progre-

¹³ Consideramos esta política como uno de los grandes aciertos del momento, que aún en día mantiene su vigencia, sino subvencionada, sí auspiciado por el gobierno.

¹⁴ Cuenta Felipe de la Morena (2016: 156), que, en su etapa de Embajador de España, que coincidió con el gobierno de Deng, se comentaba que le había sido presentado a Deng un informe explicándole el peligro de que muchos estudiantes no volvieran. Su respuesta fue que, aunque algunos no volvieran, los restantes lo harían y enriquecerían al país con lo aprendido.

sar, además de rodeada por la Unión Soviética en el norte y en el oeste tras la invasión soviética de Afganistán, y por el sur por Vietnam. Esta teoría podía compaginarse a la de Deng de esconder las propias fuerzas hasta que llegara el momento justo, o el que China debiera posicionarse a la defensiva, en temas como Taiwán, hasta que la abundancia no hubiera llegado al país. Todo esto no fue óbice para que no se produjera entonces un acercamiento a Rusia, lanzando con ello un guiño a EE.UU. nada desdeñable y que era aprovechado para limar asperezas con el antiguo enemigo, que si bien ahora en plena crisis, no dejaba de ser un posible futuro socio (Ball, 1998: 200-205).

La política diplomacia cordial y, sobre todo, la imagen de China en el exterior, van a sufrir un revés importante tras los sucesos de Pekín del verano de 1989. Al observar cómo reaccionó el gobierno chino ante la presión exterior podremos entender algunas de sus características.

Tras aquellos días que fueron ampliamente seguidos por la prensa y la televisión de todo el mundo, se impone un nuevo cerco diplomático a China. Deng reaccionará ante esto con firmeza, pero sin olvidar los objetivos fijados desde años antes. Así, mientras distintos gobiernos expresen su rechazo y se anulen contratos e inversiones, Deng cerrará filas en torno a la población, pero en este caso el discurso será distinto al de la etapa maoísta. Si bien en el pasado el ataque internacional a la revolución proletaria del pueblo era el argumento escogido, esta vez este se centrará en el ataque occidental contra las pretensiones del pueblo chino de salir de la pobreza para con ello poder dominarlo de nuevo, dándole así una hábil imagen nacionalista que empujaba al desarrollo para contrarrestar el efecto de los enemigos. En 1993 escribió: Soy un chino conocedor de la historia de agresión por parte de los extranjeros. Cuando supe que la conferencia de los siete países impuso sanciones a China, de inmediato vino a mi mente la invasión perpetrada por la coalición de los ocho ejércitos en China en 1900. De los siete países que han impuesto sanciones, seis (junto con la Rusia zarista y Nueva Zelanda) estaban presentes en ese ejército. Hay que conocer la historia, es motor espiritual del desarrollo de China (Moncada Durruti, 2011: 5). este mismo discurso podía unirse a otro que siguió a Deng durante la mayor parte de tiempo como líder de China, y en el descansaba su principal argumento para contradecir a quienes pedían detener las reformas o para quienes deseaban una mayor apertura política interna: China solía ser descrita como un montón de arena, pero cuando nuestro partido llegó al poder aglutinó todo el peso entorno a él, acabando

con la desunión resultante de la existencia de varias fuerzas (Bregolat, 2008: 162-163). Obviamente, Deng se refería al impulso necesario de esta unión para hacer realidad el avance de China, y no volver a ser un montón de arena.

Es un acto importante, pues mientras el gobierno de Deng giraba entonces hacia el conservadurismo, con el discurso nacionalista de prosperidad nacional atacada por el exterior, se animaba al pueblo a no cejar en el intento, mientras que se reforzaba la comunión nacional entorno al partido. Mientras hacia dentro se prodigaban estos discursos, en el exterior se recordaba las posibilidades de negocios en China para las empresas extranjera, sabedor como era el ya anciano líder, de que estas impulsarían a sus gobiernos a reabrir las negociaciones.

Dichas negociaciones volvieron a reanudarse (para la Comunidad Económica Europea) con la visita precisamente de un español, el Ministro de Asuntos Exteriores, Ordóñez, quien había sido convencido por el embajador español entonces en Pekín, Eugenio Bregolat, para que España fuera el primer país comunitario en dar el paso que de manera lógica darían todos los demás en muy corto espacio de tiempo, realizándose la visita a finales de 1990. Pero, sin duda, la reapertura de relaciones más importante fue la llevada a cabo con EE.UU., algo que fue aplaudido en la prensa china como: el triunfo que burla las sanciones de occidente (Enrui Yang, 2005: 25-26). Durante el tiempo en el que estas sanciones perduraron, la diplomacia china no dejó de moverse en todos los frentes, usando la cuestión económica como principal arma de seducción.

En 1992, Deng tuvo aún energías para recordar a su elegido, Jiang Zemin, que debía proseguir con las reformas antes iniciadas, si no quería ser cesado, realizando además un histórico viaje al sur de China donde volvió a usar toda su fuerza para abrir el camino de las reformas.

Las pautas seguidas por Deng, por lo tanto, serían la continuación de las heredadas por la última etapa del maoísmo, pero eliminando el enfrentamiento verbal, y cualquier atisbo de defensa ideológica, siendo sustituida esta por un nacionalismo práctico. La diplomacia de perfil bajo será tomada solo como una circunstancia temporal de cara a conseguir los logros necesarios, pero sin ceder en las líneas básicas, y asegurándose siempre tener el apoyo de la población. Deng fue muy cuidadoso en ese aspecto, anticipando, cuando era posible, la acción interior a la exterior, para evitar así resquemores en una población que había sido aleccionada durante décadas contra los enemigos del pueblo chino y del socialismo. Supo en este sentido convencer a los millones de habitantes de que el subdesarrollo era el gran motivo por el que otros países podían atacar al país y,

aplicando una de las normas del arte de la guerra de Sun Zi, consiguió que la población no cuestionara las nuevas líneas abiertas de negociación. La norma aplicada parecía ser la siguiente: El principal engaño que se valora en las operaciones militares no se dirige solo a los enemigos, sino que empieza por propias tropas, para hacer que le sigan a uno sin saber a dónde van (Cleary, 1996: 197). Esta línea de acción resultaba necesaria si se entienden los momentos de incertidumbre sobre las posibles líneas de acción a seguir en materia de relaciones exteriores. Momentos estos que serían aplicables a la población, pues Deng parecía estar muy seguro del camino a tomar. Durante años, solo el llamado pequeño timonel sabía cuál sería la próxima línea de acción a seguir.

Hay otro elemento sacado de la misma obra que podría aplicarse a la técnica de Deng y que será utilizado en las siguientes administraciones: si tus fuerzas son diez veces superiores a las del adversario, rodéalo, si son cinco veces superiores, atácalo, si son dos veces superiores, divídelo (Cleary, 1996: 96). Salvando la distancia sobre la numeración, esta máxima nos hace recordar la política de rodeo diplomático hacia Taiwán, el ataque militar sobre Vietnam, y la evidente política de división tendente a separar a la URSS y a EE.UU. de cualquier tipo de acuerdo, además de la tendencia a creer, por el momento, en la teoría de mundo multipolar, que no dejaba de ser también otro elemento de división. Esta teoría no solo daba a China un lugar importante en el mundo sin tener que recurrir a la técnica de las continuas provocaciones, como se había hecho durante Mao, sino que, por ende, establecía un marco divisorio donde China podía unir sus fuerzas con otro estado con el fin de debilitar a un tercero o sacar concesiones y provechos del mismo, estrategia muy presente en la historia y cultura chinas. La misma obra (*El arte de la guerra*), si se toma en consideración general, resulta bastante conservadora en sus enfoques, prefiriendo siempre fortalecer el interior antes de un ataque, y la división y la diplomacia antes que embarcarse en aventuras extremas. Cuanto menos, Deng podía sentirse identificado por esta mentalidad. Su sustituto al frente del gobierno, Jiang Zemin, varió entre esta misma política y cierto enfrentamiento circunstancial, que dio a las relaciones exteriores chinas un cierto halo de indefinición y sorpresa.

5. La diplomacia de Jiang Zemin. Simpatía internacional y guerrilla diplomática

Jiang dio a la diplomacia china un fuerte elemento de cordialidad expresado en el cara a cara y en la fructífera participación en los foros

internacionales. Deng había dejado al país a las puertas de la siguiente apertura, y esto dio a Jiang el espacio suficiente para poder abrir de nuevo la puerta, sin miedo a perder el control. Se adivina en este caso una máxima no expresada en los documentos, según la cual, si se abre del todo la puerta, entendida esta como la de las inversiones extranjeras, al cabo de un breve espacio de tiempo el país no tendría más material oculto predispuesto para volver a mostrar al mundo, y conseguir con ello su adhesión ante la posibilidad de la siguiente apertura. Jiang fue muy consciente de que exponerse abiertamente hubiera dejado a China sin las reservas necesarias, y hubiera, a la larga, creado un vacío de posibilidades para los propios chinos, ante la llegada masiva de inversiones y empresas internacionales. En otras palabras, el cebo de Deng de hacer valer la posibilidad de que los productos de un país pudieran llegar a todos los habitantes de China, debía seguir siempre funcionando, pues en la espera y en el deseo del adversario se encuentra la futura ganancia en cuanto a acuerdos y compromisos de este. El fondo de dádivas aún estaba muy lejos de extinguirse cuando Jiang consiguió la reapertura normal de negociaciones con EE.UU. y una alianza estratégica con este.

La diplomacia de Jiang, quien seguirá fielmente los postulados de Deng, es mucha más activa que la de su predecesor. Da la sensación, por lo tanto, que Deng hubiera dejado escrito las normas a seguir y Jiang las estuviera siguiendo con energía y determinación renovadas, aplicando también los viejos conceptos a los nuevos tiempos. Así, el primer acercamiento realizado a la URSS, aún en tiempos de Deng y Gorbachov, será seguido por la China de Jiang y la Rusia de Yeltsin, dándole precisamente un toque similar al dado antes en las negociaciones con EE.UU., pero cambiando al protagonista, esto es, realizando un discurso con el anterior enemigo ruso sobre la necesidad de la unión para contrarrestar el imperialismo americano. Todo eso mientras que las votaciones en foros internacionales realizadas por China, como el no cuestionamiento e interferencia de la política americana con los países del golfo pérsico, estaba destinada a agradar a EE.UU., así como la abierta participación en foros como la APEC o el arbitraje entre Pakistán y la India, con el deseo de frenar su carrera nuclear, o el intento de mediar entre las dos Coreas, presionando sobre todo a Corea del Norte y llegando a la presión económica y la anulación de envíos de material militar.

Con respecto a la Unión Europea, Jiang no va a escatimar esfuerzos por ganarse la atención de sus países, utilizando con ello la ventaja de que estos intentaban en ese momento que el euro fuera moneda de

cambio internacional. Los países de la Unión Europea serán a menudo los más críticos con Pekín sobre cuestiones relativas a los derechos humanos, pero asistimos a un interesante repliegue de dichas cuestiones en pos de conseguir beneficios más cercanos.

Un elemento propiamente intrínseco del tiempo de Jiang será la cercanía personal y el seguimiento en primera persona de las cuestiones internacionales. Contribuirá, por lo tanto, a que la imagen de China, como un estado oscuro y alejado, se disuelva en la mente de la mayoría de los países europeos o latinoamericanos, en parte gracias a esa diplomacia afectiva protagonizada por un siempre sonriente Jiang, que llenará las páginas de los periódicos de divertidas ocurrencias y de familiaridad con los líderes de diferentes países. Mao había representado, en su política ideológica, bien el ejemplo a seguir (para los grupos llamados maoístas), bien el enemigo oscuro e impredecible; Deng, quien había despertado la admiración y el respeto por las reformas emprendidas, había dejado a China bajo con un foco de luz tenue, sobre todo tras los sucesos de 1989; ahora Jiang se esforzaba por iluminar el escenario, y lo conseguía, sobre todo, con una desenfrenada carrera diplomática protagonizada en primera persona, a través de decenas de viajes y de manifestaciones públicas en los países que visitaba.

Sin embargo, esto no significa que Jiang cediera en los asuntos que consideraba esenciales. Su acercamiento al ejército fue total, aplicando, de puertas a dentro, un lenguaje nacionalista y militarista con recuerdos continuos a las pasadas humillaciones de China contra las potencias extranjeras, y dando continuidad a la unión y al arraigo en clave victimista que ya había utilizado Deng durante su periodo¹⁵. En el discurso, a diferencia de Deng, Jiang no tenía por qué justificar las reformas desde un punto de vista nacionalista, pues estas ya no se cuestionaban, pero sí debía sujetar algunos resortes internos para evitar que la apertura provocara el descalabro de la unión en torno al partido. Tal vez fue por esta capacidad suya por la que Deng le eligió como continuador, algo que ya demostró manteniendo la ciudad de la que entonces era alcalde, Shanghái, bajo el orden total en

¹⁵ Maurice Meisner (2007: 582-584) da buena cuenta del nacionalismo que siempre existió entre las filas comunistas, aún en tiempos de Mao. Para él, el nacionalismo chino halló su lógica válvula de escape con las reformas emprendidas, y nos recuerda también las dificultades que tuvo que superar Jiang para sujetar un furor nacionalista general y que no derivara en guerra por presión ciudadana y sobre todo del ejército, cuando en 1999 la aviación americana bombardeó, según la respuesta americana, por error, la embajada china en Belgrado.

los peores momentos del gobierno. Esta dureza hacia dentro sorprendió en muchas ocasiones a los observadores externos, no siendo muchas veces capaces de discernir entre los dos Jiang, el afable y campechano líder chino de las reuniones internacionales, y el vigilante y duro líder nacional. Este último, sin embargo, tomará la batuta de las cuestiones externas en casos como Taiwán. La presión militar china sobre el estrecho, en forma de ostentación intimidatoria, sobre todo cada vez que en la isla se realizaban elecciones, provocó no pocos choques con el gobierno de EE.UU., hasta el punto de que muchos analistas hablarían entonces de un posible futuro enfrentamiento entre China y EE.UU. Jiang había obviado, como en momentos también lo había hecho Deng, la continuación de la actividad comercial y de venta de material militar a Taiwán por parte de EE.UU., pero había ciertas líneas rojas que Jiang no estaba dispuesto que se pasaran, y una de ellas era precisamente todo lo que rodeaba a la futura adhesión de la isla de Taiwán por China.

Taiwán seguiría siendo, por lo tanto, la piedra de choque con la que volver a posicionarse, a través del enfrentamiento, en primera línea política del mundo. Ya Mao lo había hecho como forma de establecer un contacto directo, por polémico que pudiera ser, con las principales potencias, y para Jiang, esto resultaba de la misma tradición, pero también como una línea roja sobre la que no podía ceder de cara a su propia población, la cual veía cada acercamiento americano a Taiwán como una nueva provocación, y que, además, celebraba en 1997 la recuperación de la soberanía sobre Honk Kong. Como el mismo Kissinger recuerda en su libro sobre China, Jiang le llegó a decir: En los casi doce años que llevo en el gobierno central, he vivido profundamente las sensaciones de los 1200 millones de habitantes de China. Evidentemente, nos mueven las mejores intenciones respecto a ustedes, pero si se enciende la chispa, será difícil controlar las emociones de 1200 millones de personas (Kissinger, 2011: 497).

Tanto la crisis de Taiwán como la relación de China con el régimen de Corea del Norte, hicieron que la cuerda se tensara con EE.UU., hasta tal punto que realmente se hablara de una nueva Guerra Fría. El incidente de un avión espía americano que colisionó con un avión militar chino en la Isla de Hainan y todas las negociaciones habidas hasta la puesta en libertad de los pilotos americanos, parecía recordar la pasada Guerra Fría entre EE.UU. y la URSS.

La llegada de Bush a la casa blanca aceleró esta sensación de guerra silenciosa y de posicionamiento global estratégico al endurecerse

el discurso de EE.UU. hacia China. Pekín respondió recordando sus líneas rojas, pero entonces Zemin decidió cambiar de estrategia y, en nuestra opinión, acertadamente, se dispuso a realizar una política internacional cauta en contraste con la de EE.UU.

Es por este motivo por el que consideramos la política exterior de Zemin como de *guerrilla diplomática*, guerrilla en cuanto a que nunca se establece una batalla frente a frente, sabedor de su incapacidad para ello, y se cambia de posicionamiento según sean las acciones del adversario. Es la técnica del despiste, que provocó las sorpresas continuas de los observadores internacionales.

El ataque terrorista contra los EE.UU. dio la oportunidad adecuada para lograr el acercamiento. Algo de lo que se ocupó el siempre cercano Zemin a través de su diplomacia personal. EE.UU. también necesitaría del apoyo chino o al menos de su no injerencia ante el ataque a Irak que planteaba. Zemin, de hecho, decidió posicionarse junto con los países detractores del ataque, pero sin demostrar excesivos celos al respecto. Sin embargo, durante el tiempo que duró esta nueva luna de miel entre EE.UU. y China, Zemin volvió a buscar un aumento de la alianza con Rusia, que esta vez incluía tratados por 20 años, en un más que evidente intento de posicionar al país de Putin en su balanza ante la inestable relación con los EE.UU.

En líneas generales, podemos decir que Zemin siguió al pie de la letra los dictados de Deng, si bien incorporó una diplomacia basada en el contacto personal y en la presencia muy de su estilo. Fue también la primera vez que la nueva China cobra conciencia de la necesidad de empezar a modificar su imagen en el exterior. El nudo central seguirá siendo su relación con EE.UU., pero evidenciando un interés cada vez mayor por cerrar alianzas en la región y preocupándose por ponderar iniciativas en todo el globo. Con Zemin, por lo tanto, la diplomacia china se hace definitivamente global. Su posicionamiento bajo en las relaciones con los grandes poderes solo sería temporal y según lo aconsejaran las circunstancias, usando de nuevo temas como Taiwán para mejor medir el efecto de sus políticas; así, la isla seguiría siendo un foco de pruebas para la diplomacia china, desde la cual averiguar las intenciones de otros países, pues estas, a menudo no pueden identificarse si no se llega a algún extremo de potencial peligro. Zemin mostrará ambigüedad en la región, como por ejemplo con Corea del Norte, y mayor determinación, en una postura u otra, con las potencias occidentales.

6. La política exterior de la armonía universal. La política exterior de Hu Jian tao

Hu Jin Tao, al igual que en el pasado hiciera Zemin, le dará a la política exterior china una perspectiva propia, si bien heredada de las pasadas administraciones. En cuanto a la personalidad y a la imagen proyectada, si bien continuaron los viajes al extranjero, su menor carisma mediático y su perfil más técnico, hicieron que las comparaciones con el pasado mandatario fueran relevantes.

El gobierno de Hu Jin Tao inicia su labor en un mundo donde la idea de multipolaridad parece haber desaparecido, dado el empuje militar americano en regiones claves del planeta como Irak o Afganistán. Su reacción ante este hecho no parece ser muy diferente de la que hubieran tenido Deng o Jiang, sí de la que sin duda hubiera exhibido Mao.

Se pueden dividir las líneas de acción de su gobierno en dos momentos, marcados, casi al final del mandato de Hu, por el estallido de la crisis financiera internacional.

En la primera fase, como decíamos antes, ante el empuje americano, volverá a primar la diplomacia de perfil bajo, pero atendiendo a la continuación de las reformas económicas y al crecimiento. Este perfil bajo será, sin embargo, engañoso, pues es durante este periodo en el que China empieza a tomar real consciencia de su posible protagonismo en el mundo, sobre todo al colocarse ya como segunda potencia económica del planeta¹⁶.

Hu exportará al mundo un concepto propio de la cultura tradicional china, este es, el de *la cultura de la armonía*, según el cual, las partes diferentes deben convivir para lograr un estado armonioso. Hu no reservará este concepto solo a China, donde se enfrentaba con la tarea de intentar paliar los desequilibrios económicos que las reformas habían creado, sino al mundo entero. Es novedoso, puesto que será la primera vez que un concepto chino, proveniente de su milenaria tradición, tenga vocación de hacerse global, y esto ante un mundo en continuo cambio y donde la necesidad de la colaboración se hará cada vez más necesaria debido al terrorismo

¹⁶ Mariola Moncada Durruti (2011: 10) sintetiza las nuevas impresiones de un gobierno y de una población que empieza a tener conciencia de su cada vez más obvio poder material. El discurso internacional de Hu a este respecto estará enfocado a extender esta nueva autoconfianza intentando dejar atrás los tiempos del rencor, pero avisando del necesario respeto a su propia idiosincrasia: *Con creciente autoconfianza, China anunciará* a occidente que este renacimiento será pacífico, pero también que no se plegará a los dictados de occidente, por el contrario, el motor de su transformación política, económica y social será de inspiración china.

internacional; así pues, entendidas estas circunstancias junto con la agresividad militar mostrada por los EE.UU. de Bush, los motivos de la elección de este enfoque resultan evidentes. Al mismo tiempo, Hu nunca dejó de recordar de forma global o bilateral que la diplomacia china estaba basada en el respeto a su soberanía y a la no injerencia en asuntos internos, lo que era una declaración, de nuevo muy clara, contra posibles críticas sobre temas de derechos humanos. Por otra parte, al intentar hacer global un concepto cultural chino, como elemento deseable para el planeta, dejaba clara constancia de que China no iba a considerar el modelo democrático liberal exportado por occidente como el más justo para todos los países. La fórmula de paz, por lo tanto, escondía a quien quisiera entenderlo una no tan velada manifestación de independencia y, por primera vez, de posicionamiento global de gran potencia. Este discurso, por lo tanto, incluía una nueva percepción del problema de Taiwán, evitando el enfrentamiento y sustituyéndolo por un calculado mensaje de paz y de colaboración; terminaba así con el discurso del anti imperialista que llevaba desde los últimos tiempos del maoísmo repitiéndose. Sin abandonar nunca el mensaje de la no aceptación de la injerencia extranjera en los asuntos internos chinos, Hu lanzaba otro mensaje de paz unido a un concepto, ahora global, de equilibrio y de consenso, mostrándose participe de que organismos como la ONU tuvieran más peso.

Jiang, a pesar de su cercanía personal, había alimentado la teoría de que podría llegar a existir una nueva guerra fría, esta vez entre EE.UU. y China, pero con Hu, esta opción parecía desvanecerse al mismo ritmo que el propio país tomaba conciencia de su nueva fuerza, y los convenios se iban acelerando por países de África y Latinoamérica en forma de compra de deuda o de exportaciones de las materias primas necesarias, así como las alianzas con Rusia o Irán, este último importante exportador de crudo para China.

Fue la crisis económica de occidente la que marcó un antes y un después en el planteamiento chino, o podríamos decir, que tendió a acelerarlo. Sucedió durante el segundo mandato de Hu, sus efectos, que afectaron a la casi totalidad de las democracias liberales, muy ligadas económicamente a EE.UU., abrieron un espectro de posibilidades para China que tan solo unos pocos años antes hubiera resultado impensable. Deng predijo que China necesitaría de 100 años para crecer y establecer un sistema sólido, y que mientras tanto debía mantenerse un perfil diplomático bajo; a grandes rasgos, esta norma fue respetada por los líderes siguientes, pero ya terminando el mandato de Hu, se ofrecía la posibilidad a China de pasar a una diplomacia más asertiva, reivindicativa y global, de manera que su

presencia empezara a ser la de una gran potencia, como de hecho ya era la del país que compraba la abultada deuda de países como los propios EE.UU. La anterior tradicional pasividad de la diplomacia china se vio así, por renuncia externa, abocada a una mayor participación según sus intereses se iban esparciendo por el planeta, y haciendo que el foco de sus esfuerzos no estuvieran solo direccionados hacia EE.UU., sino, y cada vez de una forma más efectiva, hacia diferentes regiones del mundo. Atrás habían quedado los tiempos de la búsqueda de terceros actores para escapar del control de los dos grandes bloques, y un occidente castigado por la crisis empezaba ya a mirar a China como uno de los grandes centros de poder. Hu mismo ya se había escapado del concepto tercermundista en su primera etapa, pero esta vez, llegando casi al final de su mandato, todo parecía indicar que el proceso solo podía acelerarse. Ya a finales de 2011, en el llamado Consenso de xinhua, se tomó la decisión de asumir esa diplomacia efectiva, en pos de sustituir a antiguos poderes globales a los que por primera vez se veía como decadentes.

Por último, sumar al legado de Hu la puesta en marcha de uno de los factores más esenciales de cara a la Promoción internacional de un país, esto es, el llamado *poder blando*, al que China, desde los inicios de Hu, ha ido dedicando cada vez más esfuerzos de cara a crear en el extranjero una imagen amable del país, bien través de la enseñanza de la lengua y la cultura chinas o de exposiciones y actos de todo tipo. No resulta esta una opción exagerada, teniendo en cuenta que parte de la diplomacia se mueve en torno a la opinión generada sobre un país. No pueden en este sentido, los gobernantes, dejar de escuchar las voces de sus ciudadanos y los sentimientos de estos hacia un estado, y el mayor enemigo será siempre la ignorancia. La única forma de combatir esto es ilustrando sobre la lengua, la cultura, y las tradiciones del país en sí, y para ello se necesitan ingentes cantidades de dinero.

China demostró con este paso que no solo aprendió de su propia historia, sino también de los éxitos ajenos. No en vano, una de las claves de éxito de los EE.UU. fue el dominio de este poder no intimidatorio, pero capaz de llegar a todos los rincones del planeta.

7. Política exterior de la China actual. El definitivo salto adelante

Con parte del camino ya realizado y con una nueva visión del mundo, de sus conflictos y posibilidades, que la crisis financiera americana había precipitado hacia el este, el nuevo gobierno chino presidido por Xi Jinping

ha dado el paso que a muchos analistas les parecía lógico y evidente. En líneas generales, y sin miedo a errar, pues ya ha sido ampliamente difundido oficialmente por el nuevo gobierno, China se ha decidido a dar el paso definitivo desde la anterior política exterior cautelosa a una mucho más incisiva y determinante. Esto lo hace considerando a EE.UU. como a un igual, y prefiriendo postularse por un sistema global de múltiples protagonistas. Las relaciones con EE.UU., durante el periodo de Obama, se caracterizaron por la creciente desconfianza, pero al mismo tiempo por la necesidad mutua, tanto financiera como comercial, mientras el peso de la economía china sobre buena parte de Latinoamérica y África se ha potenciado en el interés de extraer de estos territorios las materias primas que la economía china necesita.

La presencia de China en el mundo se ha acentuado en diversas facetas, sobre todo en el poder blando, y esta parece ser una de las prioridades del nuevo gobierno, con una presencia diplomática muy activa. Sobre la presencia china en los foros internacionales, China está tomando cada vez más una posición de árbitro en conflictos internacionales como puede ser el caso de Corea del Norte, un paso que desde hacía una década se estaba pidiendo a China desde diferentes organismos internacionales. Al mismo tiempo, en las zonas donde China mantiene algún tipo de disputa territorial, la diplomacia China no ha dudado en utilizar recursos del llamado poder duro, lo que ha incrementado las críticas y las tensiones en la zona. Sin embargo, en líneas generales, el mayor reto que tiene la administración actual es terminar con el famoso *miedo amarillo*, esto es, el temor en el mundo a una dependencia de China, justo cuando el gobierno del país da el paso oficial, y por escrito, de su pretensión de ser y actuar como potencia mundial, defendiendo los intereses de China allá donde estos se encuentren. Los sucesivos viajes de miembros del gobierno chino a países de Latinoamérica y de África, los acuerdos en materia educativa, comercial, industrial y de infraestructuras, están dedicados a generar un clima de confianza con aquellos países productores de materias primas.

Por otra parte, la retórica de Pekín va hacia la idea de atraer a países a una órbita de la cual ellos mismos saldrían beneficiados, utilizando para ello el ideal del beneficio mutuo en los intercambios. En esta misma línea se lanzó una franja, una ruta, destinado a la atracción económica de países muy aquejados de infraestructuras, y a los cuales China podría proporcionar los tan deseados recursos. Se trata de un proyecto sin precedentes en el mundo y que podría abarcar desde China hasta Europa, moviendo

definitivamente el centro de poder hacia la región este del planeta. Las frecuentes invitaciones a políticos y empresarios de otros países funcionan también en este sentido.

Asistimos, por lo tanto, a un último rompimiento de las anteriores reglas diplomáticas chinas, pero que condensa algunas fórmulas recogidas por el tiempo y la experiencia.

El presidente actual de China ha repetido en numerosas ocasiones la frase *seguir desarrollándose sin olvidar la base original*. Esta es una idea que vuelve la vista atrás a viejos conceptos, como el intento de gestar una sociedad armoniosa en lo social, y fuerte en el exterior, capaz de rechazar cualquier tipo de control. Ese concepto anterior que se aplicaba a la antigua china, de la que el mismo Mao era deudor, aunque filtrando la idea como propiamente socialista, está siendo ahora exportada al mundo, sin saberse exactamente los choques que podrá tener con la realidad, cuando los intereses sean opuestos; por lo que el sistema en sí necesitará de una flexibilidad alta para solventar esos problemas. Al mismo tiempo, Xi vuelve en su discurso cada cierto tiempo a recordar la importancia de la memoria, esto es, la referencia al pasado del que el mismo Deng hiciera gala en momentos de aislamiento, pero esta vez expuestos en momentos de expansión. Todo este discurso guarda en sí una fórmula de unión que se remonta a los tiempos del maoísmo, y que habla de una misión exterior de límites no fijados, pero que parece tener su expresión más inmediata o más práctica es los proyectos de común desarrollo expuestos al mundo.

Las supuestas contradicciones del sistema chino, tales como: continuada apertura al exterior, pero con un nacionalismo exultante, economía socialista, pero con capitalismo de estado, parecen resolverse mediante las mismas formas empleadas por Mao en su teoría de la contradicción, dejando de manifiesto que algunas teorías que ligaban liberalismo económico con sistemas multipartidistas podían ser solamente una influencia de occidente, y cobrando en el caso chino una nueva figura combinatoria. La continuidad de esta línea, que a ojos de occidente parecía destinada a encontrar un fin dramático hace tan solo una década, ha hecho que los antiguos modelos ejemplificadores occidentales sean puestos en entredicho, dando lugar al llamado *consenso de Pekín*, siendo el presidente chino quien ha animado a otros países a ejercitar un cambio como el operado por China y ofreciendo la experiencia china como ejemplo tanto económico como político.

De la habilidad del gobierno chino para ejercer como potencia mundial, y al mismo tiempo generar una confianza generalizada, dependerá que en el futuro veamos o no un nuevo orden y un nuevo equilibrio de fuerzas que rompan los esquemas de lo conocido durante el siglo XX. De

momento, la llegada de Trump a la presidencia americana no ha hecho sino acelerar este proceso, dando la sensación de cierto vértigo en la política exterior china, pues muchos de sus responsables han pasado del anterior comedimiento a la aplicación de recursos diplomáticos bilaterales de Gran Potencia Mundial en tan solo unos pocos años, asistiendo en los momentos que se escriben estas páginas a un replanteamiento de un terreno que ni siquiera se esperaba en las siguientes décadas; ejemplo de esto es el relativo abandono del Pacífico por la administración actual americana y la implantación, por dejación americana, de China como fuerza predominante. No menos significativa está siendo la falta de una estrategia americana en Latinoamérica y África, por lo que la competencia para los intereses chinos parece haber desaparecido. El enfrentamiento que Trump protagoniza con Europa deja al viejo continente volviendo sus miras hacia Pekín, y, por último, la alianza con Rusia, que ya empezara a cultivar Deng y que siguiera sobre todo Jiang como segundo frente estratégico, se está convirtiendo en una piedra de toque fundamental en la política exterior china. En este sentido, Rusia acepta la primacía china a cambio de obtener su no injerencia en el control de la influencia de zonas de Europa del Este que le disputa a Europa.

Será, sin embargo, en el poder blando, donde China se juegue las cartas que le hagan crear su programa de destinos compartidos universales a través de un consenso y de una realidad económica que le situé en el centro, al menos de Asia, y esto dependerá en buena medida de la economía benefactora para otros países que China sea capaz de generar, la misma economía que Deng deseaba potenciar antes que la diplomacia más soberana y atrevida. De ese factor dependerá buena parte de que el sueño chino del que habla Xi sea una realidad. Un sueño nacido hace mucho tiempo y que ahora se exporta al mundo entero mucho antes de lo que se pensaba, conscientes o no de que un pueblo unido debe seguir sintiendo siempre una meta común para alcanzar, pues de alcanzarse ésta enteramente, como parece estar sucediendo hoy en día en Europa y los EE.UU., ese mismo pueblo puede renegar de sí mismo y de las comodidades que ha obtenido, dividiéndose y autodestruyéndose, o como tal vez hubiera dicho Mao, aburguesándose.

8. Conclusiones

Como ya dijimos antes, China es un país que, por su cultura milenaria y su historia y conciencia de sí mismo, ha generado líneas de acción

en política exterior inherentes a su propia personalidad. China siempre fue el ente predominante en el territorio que ocupaba, al menos desde el punto de vista civilizatorio. Por ese motivo no es de extrañar que la China de Mao intentara por todos los medios su inclusión en la primera línea mundial durante la guerra mundial. El pulso sirvió para que se reconociera su presencia, pero no su influencia. Eso es lo que entendió Deng, quien se decidió a seguir las normas que marcaban los viejos libros de estrategia china y preferir el fortalecimiento interior antes que la acción, para, sin agachar la cabeza, pero usando un nivel diplomático bajo, esperar el momento. Los dos presidentes posteriores prosiguieron ese esquema, si bien ya durante Jiang se adivinan movimientos tendentes a constatar donde se encuentran alojadas las líneas rojas del adversario. A Hu el momento le encontró a punto casi de terminar su mandato, y correspondió al presidente actual recoger los frutos y posicionarse, esta vez de verdad, en primera línea del escenario mundial. Xi propone un nuevo orden universal, tal y como Mao exportaba su revolución internacional o las antiguas dinastías veían adherirse al ser chino a nuevas tribus a su entorno. Esta vez, sin embargo, las dificultades serán mayores, pues el entorno es el planeta entero, y de seguir el mismo camino, solo el dominio de la globalización, que parece querer ceder EE.UU. a China, podría darle esa oportunidad. Aun así, China no parece dispuesta, de momento, a asumir un papel demasiado central, consciente como es de que esto implicaría, como pasó en el caso de EE.UU., ser el centro también de la controversia, prefiriendo, en cambio, una posición difusa, pero de primera línea, sin necesidad de esconder intenciones, pero exportando su modelo al mundo y prefiriendo hablar de colaboración antes que de confrontación.

El nacionalismo, unido a la política exterior, será otro elemento inherente al sentir chino desde el maoísmo hasta la actualidad. El sentir nacional maoísta estaba impregnado en un orgullo cultural que arrancaba desde los tiempos de la revolución de 1911, y a pesar del discurso ideológico, el hecho de que, por primera vez en la historia, se cohesionara un grupo tan ingente de personas en torno a una idea, ya significó una unión nacional que se reflejaba a sí misma en cada misiva o cada acción exterior. Deng supo entender que la fuerza exterior derivaría de la unión interna y supo unir ambos elementos, enseñanza que prosiguieron las futuras generaciones hasta la actual. Hoy en día, las cuestiones diplomáticas siguen teniendo un enfoque nacionalista, y por efecto causa-consecuencia, sigue siendo utilizado con intenciones de mayor cohesión social y nacional. Es, en de-

finitiva, el concepto nacional utilizado como elemento práctico en contra del ideológico. Lo que Mao creó en pos de una idea, Zhou lo utilizó desde el pragmatismo, y esa línea de acción apenas ha sufrido cambios desde entonces.

El argumento de la no injerencia en los asuntos internos también es aplicable desde los tiempos de la primera apertura hasta la actualidad. Actualmente, el recurso a esta dialéctica se ha rebajado, dado que las posibilidades de sentir una injerencia en su territorio son mínimas; sin embargo, el país sigue afectando una especial sensibilidad hacia todo comentario crítico realizado desde el exterior. Como ya vimos con anterioridad, este sentimiento tiene su origen en las pasadas derrotas e imposiciones del siglo XIX hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y la derrota de Japón, sin embargo, también resulta incomprensible si no entendemos que China fue un ente cerrado al mundo hasta que fue abierto violentamente por quienes la esclavizaron, por lo que, hasta la llegada de Mao al poder, nunca hasta ahora había gozado de una plena apertura soberana y sin enemigos dentro de su territorio en la edad contemporánea. El hecho de que esto esté tan presente en la mente de gobernantes y gobernados en China, se debe al recurrente recurso a la memoria histórica practicada por el gobierno desde los tiempos de maoísmo hasta la actualidad. La frase de Deng, de que *la historia es el motor espiritual de China*, es aplicable aún hoy en día, y es utilizada por el gobierno en pos de una mayor cohesión nacional.

Este concepto está ligado, por lo tanto, a la búsqueda permanente de la independencia nacional, un factor reiterado hasta la saciedad desde los tiempos de Zhou hasta la actualidad, y que proviene directamente de su historia contemporánea y del recurso hecho de esta historia en pos de crear un nacionalismo interior mientras se van abriendo las puertas del exterior.

Existen estrategias comunes a lo largo del tiempo que también se han ido repitiendo desde la primera apertura hasta hoy en día, aunque en diferentes proporciones e intensidades. Estas serían: el incuestionable liderazgo del partido y de su líder; una diplomacia práctica exenta de ideologías; un desarrollo económico utilizado como reclamo de inversiones o para lograr mejores posicionamientos globales, sin permitir nunca que el reclamo desaparezca por agotamiento; unas líneas rojas representadas sobre todo con el caso de Taiwán y la no aceptación de críticas sobre la política llevada con sus minorías nacionales; la propensión a permitir, cuando no a incentivar, los estudios de jóvenes en el extranjero con miras a un beneficio efectivo a su vuelta a China; la tendencia a buscar un ente estatal opuesto

con el que desarrollar un discurso más belicista que sirva como cohesión de la identidad nacional en torno al partido, y que ha pasado por la historia de ser Rusia primero, Rusia y EE.UU. después, Japón de manera global y con altibajos en su intensidad, y por último de nuevo, EE.UU.

Como podemos ver, a pesar del cambio de los tiempos, hay líneas de acción y estrategias que se siguen repitiendo en la diplomacia china desde la apertura hasta la actualidad. Dichos elementos están formados por las características propias del pueblo chino y de su historia, pues combina una suerte de cultura milenaria con otra de historia contemporánea abierta al mundo relativamente reciente y marcada siempre por cierto conservadurismo. China mira hacia el exterior desde sí misma y recluida en sí misma, y esta es una característica del país desde los tiempos imperiales. Tal vez, la necesidad de mantener unido tan vasto territorio, haya obligado a concebir una mentalidad interior, de puertas hacia dentro, antes que exterior. En la actualidad, ese antiguo espectro externo, que antaño eran sus fronteras naturales, ahora se ha redimensionado hasta alcanzar, por vía de la globalización, el entero planeta. Todas estas características han persistido en los años gracias al recurso continuo de la memoria, desde Mao hasta Xi y por una continua referencia a un destino común chino, transformado en misión, y exportado ahora al exterior por la nueva administración.

La anterior búsqueda de una tercera vía, que le hiciera a China liderar un espacio no ocupado por las dos grandes potencias, o la propia revolución internacional, hay que entenderlas desde la óptica, no solo de conseguir una total independencia, sino también de controlar el propio territorio a la manera en la que las antiguas dinastías se preocupaban por mantener la paz y el progreso entorno a sus fronteras. Simplemente, con la inclusión de China en el organigrama internacional, esas fronteras se han hecho definitivamente planetarias, y sobre la mentalidad china pesa históricamente la sensación de que el país solo tiene dos posibles vías de asegurar su paz y cohesión internas, esto es, o aislándose de nuevo, lo que ya demostró en el siglo XIX cuáles son las repercusiones, o mantener un control sobre su espacio vital. Mao simplemente creyó que la economía socialista daría a China el poder económico suficiente para hacer frente a esa tarea, y Deng lo modificó asumiendo externos planteamientos económicos y esperando el momento para que las reformas dieran su fruto. Ese momento parece haber llegado, como suele ser, por dejadez e insuficiencia de la otra parte, y ahora China propone al mundo su modelo para lograr el tan deseado equilibrio que la permita avanzar en lo social y en lo económico; el auténtico sueño chino, que, para ser logrado, necesitará de un control sustancial de

sus nuevas fronteras, entendidas estas como los lugares de la tierra de donde extraiga sus recursos. De la habilidad china por conseguir un equilibrio rentable para todos y de su capacidad de seducción dependerá, en buena medida, su éxito o su fracaso. El que Mao se viera finalmente rodeado de enemigos en los albores de su vida tiene que ver con su manera de conseguirlo, si bien posicionó en el tablero a China, se basó en un elemento tan discordante y agresivo como lo es la revolución internacional permanente, encontrando las administraciones posteriores en la simple economía y el beneficio global la tan buscada fórmula.

Al igual que Mao nunca quiso ser superior, sino ser tratado como a un igual; Deng aconsejó disimular temporalmente las intenciones inherentes a ese control necesario que siente China para su seguridad; Jiang maniobró en pos de provocar y afectar al adversario en un juego de provocación y seducción constante; Hu volvió la vista hacia dentro mientras ganaba tiempo para el crecimiento; el actual presidente chino exige abiertamente su papel central en el mundo como un igual a otros entes internacionales.

Los dos mayores retos que la nueva administración tiene ahora mismo ante sí son nuevos en la historia china, por lo que no se podrá aprender para su solución del pasado o de viejas enseñanzas clásicas. Estos son: provocar de manera continuada y recíproca ese beneficio mutuo y global que le sustentaría como líder mundial, y reducir cuanto no terminar con el miedo al poder de China. Para este objetivo, el tipo de identidad excluyente propio del esquema mental chino puede jugar en contra de sus intereses globales, esto es así porque dicha identidad, reforzada en la diferenciación de los siglos y las confrontaciones del siglo XX, han creado un paradigma de *nosotros y ellos*, entendiendo ellos como el resto del mundo y sobre todo el entero occidente, lo cual puede ser un obstáculo para la confianza y el éxito del poder blando chino. Para realizar un contraste, hasta la llegada de Trump a la presidencia americana, la identidad de EE.UU. era incluyente, lo que facilitó su enorme poder blando del siglo XX. De resultados de esto, mientras el llamado sueño americano era un reclamo nacido fuera de sus fronteras y dirigido hacia EE.UU., quien se benefició de este hecho, el sueño chino de hoy en día nace desde la propia china y hoy por hoy parece representar únicamente a China y a sus habitantes, lo que excluye de él al resto del mundo con el que se pretende colaborar. Es de nuevo, una contradicción en la intensa historia contemporánea china, la última de todas y la más actual, y con la que el gobierno chino deberá lidiar para conseguir sus objetivos globales y los nacionales dependientes de este. Si se consigue algo así, será la primera vez en la historia que esto suceda, y el observarlo y vivirlo será cuanto menos, apasionante.

BIBLIOGRAFÍA

- Ball, S.J., 1998. *The cold War, an International history (1947-1991)*. London: Hodder Education.
- Bregolat, E., 2008. *La segunda revolución china*. Barcelona: Destino.
- Centenera Ulecia, J., 2013. *La transición exterior española y la larga mano de Moscú*. Madrid: Quinquerreme.
- Connelly, M., 1996. La política exterior de China: 1978-1987. *Estudios de Asia y África* 24, 1: 82-103. <https://estudiosdeasiayafrika.colmex.mx/index.php/ea/article/download/1222/1222>
- Cornejo, R., 2013, *El partido comunista en el poder, una revisión de los primeros años en China*. Madrid: El Colegio de México.
- Cleary, T., 1996. *El arte de la estrategia*. Madrid: EDAF.
- De la Morena, F., 2016. *Deng Xiaoping y el comienzo de la China actual*. Madrid: Cuadernos del laberinto.
- Fanjul, E., 1994. *Revolución en la Revolución. China, del maoísmo a la reforma*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gutierrez Alarcón, D., 1978. *El poder amarillo del año 2000, crónica del histórico viaje de los Reyes de España a China*. Barcelona: El mundo en el que vivimos.
- Jian, C., 1995. *La China de Mao y la Guerra Fría*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.
- Kissinger, H., 2008. *La diplomacia*. Mexico: Fondo de cultura económica —, 2015. *China*. Barcelona: Penguin Random House Grupo editorial.
- Meisner, M., 2007. *La China de Mao y después. Una historia de la República Popular China*. Córdoba: Comunicarte.
- Moncada Durruti, M., 2011. Visión del mundo exterior de las cuatro generaciones de líderes políticos de la República Popular China. Evolución histórica y conceptual. *Documentos CIDOB, Asia*, 27. https://www.cidob.org/content/download/.../DOCUMENTOS_WEB_ASIA_27.pdf.
- Ríos, X., 2005. eds. *Política exterior de China. La diplomacia de una potencia extranjera*. Barcelona: Bellaterra.
- Short, F., 2011. *Mao*. Barcelona: Crítica.
- Spence, J., 1999. *Mao Zedong*. New York: Viking Adult.
- Wang, H., 2008. *El nuevo orden de China. Sociedad, política y economía en transición*. Barcelona: Bellaterra.